

El ciudadano ante el museo

SUSO DE TORO

A LOS SIRVIENTES DE LAS MUSAS

Les ruego disculpen mi ausencia a este acto, aunque como escritor ansío una posteridad donde mi obra siga viva, un cuerpo literario significativo y útil para la gente que siga viviendo cuando haya muerto; por ahora este cuerpo mío que pisa la tierra y tanto cemento me urge acudir hoy al médico. Les aseguro que el artista realmente ambiciona la posteridad, esa suerte de casi inmortalidad, como el eco que sobrevive difuminándose claro, a la voz que ya fue emitida; sin embargo, les aseguro también que sueña con que su posteridad le llegue lo más tarde posible. Soñamos con la inmortalidad, pero por lo pronto estiramos lo que podemos nuestra mortalidad. Porque de esa posteridad que soñamos no sabemos nada realmente, excepto que nosotros ya no estaremos. Y pensar en eso ya duele. Así que tenemos puestas moderadas esperanzas en nuestra sociedad, eso da algo de seguridad, pero en la debilidad preferimos entregarnos a la Seguridad Social (en caso de duda, la más segura).

Los museos y las urgencias de nuestro presente: ése es el tema precisamente. Los museos son parte precisamente de la posteridad. La posteridad es una cosa tan reglamentada, rígida, como los museos. Intento recordar cuando se me apareció la posteridad por primera vez; a ver, a ver: ¿el mundo de mis abuelos? No. El mundo de mis abuelos pereció, un eco pálido va dentro de mí, pero aquel mundo pereció. Su mundo era el de la Europa campesina, un mundo rico culturalmente, trabado, casi autosuficiente, lleno de

Conferencial Inaugural

El ciudadano ante el museo

vida; o sea, olores, sabores, todo sabía, hasta el agua, que nacía entre piedras y helechos, sabía. Pero aquel mundo cálido y efectivo se extinguió, yo lo ví y por eso lo atestiguo. Por lo tanto, aquel mundo antiguo y real no es la posteridad, pues no se sobrevive.

¿Qué cosa se me presentó como la posteridad? Yo creo que fue le Enciclopedia de Primer Grado, de Alvarez o de Miñón, lo que me presentó la posteridad. Naturalmente, era una visión de la posteridad: la de los franquistas, pero debe ser que me estoy haciendo mayor y entonces te ocurre que contemplas pasmado como lo que habías visto y luego presenciado desaparecer retorna. Vuelvo a ver y oír los cantos a los Reyes Católicos, el Imperio, Felipe II, la Inquisición..., y se hace literatura de batallitas cantando las masacres que los Tercios españoles hacían en los Países Bajos (allí también lo recuerdan, pero con otros sentimientos menos entusiastas). La posteridad tenía entonces relación con la memoria nacional chovinista y acrílica; la posteridad es, pues, un discurso, un argumento nacional y una occidental-cristiana, islámica, asiático-budista, china... Africa vive un vértigo autodestructivo; les bastaría con sobrevivir y no puede permitirse el lujo de contemplar el pasado y recrearlo. Carece, pues, de posteridad. Y si la tuviesen la cambiarían rápidamente por pan y agua. De hecho exportan a Europa y EE.UU. todas las antiguas máscaras, amuletos, lanzas que pueden. El único negocio que les queda es verterle toda la posteridad que puedan al Primer Mundo. Aunque para ellos eso no es posteridad; son, simple-

mente, las cosas viejas. Son los ricos y desocupados los que le dan un valor que no tenían a esos hermosos cachivaches.

La posteridad es para los ricos, que se recrean en dibujarse el árbol genealógico; a los pobres, en cambio, eso no les sive de nada. Los pobres no inquirimos por el apellido o el título; simplemente, nos peleamos por las partijas que nos han dejado nuestros mayores.

Pero lo cierto es que cuando las cosas van bien y tenemos los frigoríficos bien abastecidos de carne de mamut o de búfalo, la humanidad crea clases y grupos sociales que dejan trabajar como es debido, y nos dedicamos a gastar y a fantasear. Entonces le buscamos sentido a todo, explicaciones, y concluimos que nuestra situación es parte de un proceso; estamos aquí porque hemos venido de allí. Puede que sea cierto o puede que, en términos prácticos, sea una pérdida de tiempo. En todo caso sentimos esa necesidad de entender, de buscar sentido, y parece que el resto de la sociedad también querría saber la historia esa que trata de dónde venimos. De modo que hay trabajo para escritores e historiadores, que en origen fueron la misma cosa. Y antes de ellos, lo que había eran los sacerdotes que relataban las historias fundacionales, que nuestro incrédulo presente llama mitos. En un tiempo hubo religión; luego hubo la literatura, la ciencia.

Del mismo modo que todas las musas, de las ciencias y las artes, desciende de la pareja de hecho entre Zeus y Mnemósine, la memoriosa. Mnemósine era hija a su vez de las bodas del

cielo y de la tierra, y sus hijas son, pues, el fruto redoblado de lo divino y de lo terreno. Las musas que quieren conocer o expresar la vida nacen de su madre: la Memoria. Llevamos dentro la simiente de la rememoración. Los seguidores de las musas, que iluminaban el camino del estudio y la comprensión, nos dicen hoy que la memoria y la imaginación están localizadas en el mismo lugar de nuestro cerebro. Sólo imaginamos a partir de la memoria de los que hemos vivido o de la experiencia de otros que nos ha sido relatada. (No es casualidad que la ciencia-ficción tenga tanto en común con la novela histórica; la película «Blade-runner», por ejemplo, es imaginable por el creador y por los espectadores, porque sabemos de la decadencia del Imperio Romano, cómo en su última fase se fueron confundiendo los romanos, los itálicos con sus creaciones, con los nuevos ciudadanos de las culturas colonizadas. Gentes que no se sabía bien si eran romanos o no lo eran, del mismo modo que los «replicantes» de la película de Ridley Scott tampoco se sabe, ni ellos mismos lo saben, si son humanos o no. Su drama es el de la identidad del colonizado.)

Creo que es cierto que llevamos en nosotros la semilla del recordar; va en algún centro, algún lugar profundo, y va emergiendo con los años hasta que nos hacemos viejos y ya somos enteramente memoria, tragados por la sagrada y remota Mnemósine. La memoria es el origen, el origen sagrado.

Sin embargo, los contemporáneos —llamémosle así a la gente de la Ilustración del siglo

XVIII hacia delante—, los que hemos concebido estos museos, los que los visitamos, cuidamos... ya no vivimos una vida iluminada (o asombrada, como creían los ilustrados más radicales) por la religión, por un pasado original del que habíamos salido y al que seguíamos perteneciendo, pues estaba en nuestra naturaleza. Los contemporáneos somos gente de cultura laica, que es un modo de decir que para nosotros la vida carece de un sentido, de un discurso, si no que es un accidente en un proceso de la evolución de las energías y carece de un origen y de una finalidad. Así, pues, el museo para nosotros no es un lugar sagrado, no damos culto allí a nuestro origen y a nuestros antecedentes, si no que es un lugar de estudio de una de nuestras ciencias, la Historia, o de deleite en nuestras artes plásticas.

Sin embargo, ello no explica que cuando estamos en un museo nos comportemos de modo bastante parecido a cuando entramos en una iglesia, con independencia de si tenemos fe en la doctrina de una confesión religiosa o no solemos guardar silencio y mostrarnos respetuosos y sumisos dentro de un templo. De modo parecido hacemos en el museo. El museo sigue siendo para nosotros un lugar grave y la contemplación de los restos antiguos o de los objetos artísticos viejos o nuevos nos sume en una contemplación reverencial que tiene algo de trance y de introspección. En cierta medida delante de lo expuesto hacemos algo parecido a una oración. La oración, antes que una petición a un poder superior, que es como se entiende

Conferencial Inaugural

El ciudadano ante el museo

en el nivel más primitivo y mágico de la religiosidad, es el acercamiento a lo sagrado a través de un rito apropiado. No tenemos fe en el objeto expuesto, no esperamos nada de él; sin embargo, buscamos en él algo distinto a nuestros objetos, cosas funcionales que nos rodean; buscamos en ellos lo extraño, lo valioso, lo remoto, lo original, lo fundacional.

Naturalmente que en lo expuesto hay una mano humana creadora, quien escoge entre el patrimonio del museo lo que ha de ser expuesto, dibuja un argumento, inventa una historia. Tanto la ideología y el criterio de quien selecciona, como la selección de restos que ha hecho la naturaleza condicionan lo que muestra el museo. El museo no nos muestra las canciones, los insultos, las palabras de amor, ni siquiera los juguetes de trapos y madera de los niños y niñas que vivieron en nuestros castros. En cambio nos muestra las terribles espadas y los tesoros, joyas áureas y primorosas. La ideología y la propia duración de los materiales deciden este acercamiento al pasado.

¿Pero merecen realmente nuestro respeto estos objetos? ¿Tienen algo que no tengan nuestros objetos cotidianos? ¿Tienen alguna aura que los distinga?

Creo que antes de nada debemos recordar que esos objetos nacieron para otra finalidad distinta de la que ahora tienen; no fueron creados para esta posteridad. Incluso aquellos que no eran para ser usados en la vida diaria de sus propietarios y que incluso estaban destinados a ser enterrados con ellos, como la mayor parte

de las joyas que hemos encontrado en sepulcros, eran para una vida posterior, pero no ésta. Eran para la vida de ultratumba de sus dueños. Nuestra idea del pasado como un proceso histórico que tenemos derecho a conocer lleva a que despojemos a los antiguos de su vida eterna. Les hemos quitado quizá su inmortalidad. Ahora es cuando nos reímos, ¡he, he! Pero es cierto, simplemente es cierto: hemos profanado sus tumbas para llenar nuestros museos.

En el fondo los museos son eso: el expolio de las tumbas. Quizá sea eso el ingrediente que le confiere al museo inevitablemente un aire sagrado, pues es un lugar de conexión con los muertos, con el misterio de la muerte.

Yo viví hace años una experiencia hermosa: redescubrí un torque celta. Yo era entonces profesor de Historia, esa cosa tan literaria por mucho que escapando al desprestigio que acompaña hoy a la Literatura y demás inútiles artes se disfrace con las ropas de la Economía, de la Sociología u otra «ía» cualquiera. En una de mis clases les mostré una foto de un torque celta, y una de mis alumnas, una joven labradora, exclamó, orgullosa: «¡Un como ese téño eu na casa!» Contó que lo había encontrado su padre cavando para construir un nuevo establo, lo habían guardado y luego de dar vueltas por la casa sin encontrar su sitio acabó en la caja de los hierros viejos del tractor. Un día fui a su casa y comprobé que era cierto. Al tomarlo en la mano, de oro trabajado, preciso y leve, lo sentí mágico. Noté algo semejante a lo que entiendo por religión: un contacto con algo extraño, primor-

dial y cargado de fuerza. Luego hice gestiones para convencer al padre, entonces emigrante en Suiza, de aquella familia esforzada de que aquel Torque les sería mejor pagado y hallaría un buen acomodo en la vitrina de un museo provincial, donde hoy se halla, y no en las muelas de los clientes de un dentista suizo, como pudiera haber sido.

Luego he pasado un par de veces por el museo donde se guarda a visitarlo y me he sentido decepcionado, me cuesta reconocerlo en la vitrina entre otros torques semejantes y, sobre todo, ni él ni ningún otro me transmiten nada. Todos ellos me parecen meramente restos arqueológicos, una banalidad profana. Ni un pequeño eco de aquella magia que sentí en la mano cuando con mis ojos estudiados los distraje de su destino natural, perderse o ser fundido para fundas de dientes, y lo conducí a la posteridad; o sea, un museo. Quizá nunca tuvo esa aura que yo le conferí con mi mirada asombrada y veneradora. Probablemente tuvo un aura mágica para el jefe guerrero que lo ostentó en su muerte. ¿Tuvo alguna connotación mágica para quien lo descubrió con su pala? Seguramente, pues la tradición nos habla del oro mágico enterrado, los tesoros de los seres mágicos y oscuros, «mouros», «señoras», «encantos».

Sin embargo, en el siguiente paso, en su resurrección en un museo, etiquetado, clasificado y

analizado, ha perdido cualquier aura que haya tenido antes. A veces tengo ganas de rescatarlo y volverlo a enterrar en un hoyo de tierra negra y húmeda y cubrirlo con hierba hasta una próxima resurrección más acogedora.

De todos modos, a pesar de mi experiencia, creo que todos ustedes deben ser conscientes de que la mayoría de los visitantes de sus museos sienten respeto y reverencia por lo que exponen e incluso encuentran esa cualidad mágica, un eco de lo sagrado, que llamamos aura.

Los museos, apesar de su afán didáctico y científico, profanador, siguen siendo para sus visitantes un resto de rito y de religiosidad. Créanme. Y si alguna vez ven a un señor de mediana edad arrodillado delante de un hacha de bronce, de un cuadro abstracto o de un torque celta no se extrañen. Incluso es posible que sea yo mismo. En ese caso ya que sé que me expulsará el guardia de seguridad, díganle, por favor, que no sea muy expeditivo.

Muchas gracias, que Mnemósine y sus hijas las musas los guarden muchos años y que ni ustedes ni yo acabemos en la vitrina de ningún museo como le pasó a mucha gente de Egipto y otros lugares de Asia, América y Africa, por gracia de la curiosidad científica y la falta de escrúpulos de los colonialistas. Me parece una idea de la posteridad totalmente indeseable, aun para el más pretencioso de los artistas.